

Masculinidades en Ecuador

Masculinidades en Ecuador

Xavier Andrade y Gioconda Herrera, editores



Índice

Presentación	9
Primera parte	
La construcción social de las masculinidades	
Introducción	13
Xavier Andrade	
Identidades Masculinas	
“Para los hombres, las heridas son flores” Trabajo, cuerpo y memoria en Pindal	29
Alexandra Martínez	
“¡Cómo un indio va a venir a mandarnos!” Frontera étnica y masculinidades en el ejercicio del poder local	47
Fernando Larrea	
No soy machista pero Masculinidades en profesionales de clase media de la ciudad de Quito	67
María Pilar Troya	
Usos y discursos de la masculinidad	
<i>Haga negocio conmigo</i> : un ritual de masculinidad	101
Lisett Coba	

Homosocialidad, disciplina y venganza 115
Xavier Andrade

La mujer astronauta. Aproximaciones a la masculinidad,
el cuerpo y la enfermedad 139
Angélica Ordóñez

Segunda Parte

Masculinidad y equidad de género

Masculinidad y equidad de género: desafíos para el campo
del desarrollo y la salud sexual y reproductiva 157
Gioconda Herrera y Lily Rodríguez

Masculinidades en América Latina y el Caribe:
el aporte del Fondo de Población de Naciones Unidas
(FNUAP) 179
Luis Mora

No soy machista pero....

Masculinidades en profesionales de clase media de la ciudad de Quito

María del Pilar Troya F.*

Este artículo analiza la construcción de identidades masculinas en un grupo de profesionales de clase media de la ciudad de Quito, en un contexto de cambio cultural en el que valores y las concepciones acerca de la familia, la pareja y los roles de género se están modificando.

En una primera parte se plantean los cambios de la sociedad ecuatoriana con relación a las normas y las concepciones sobre lo masculino y lo femenino, y se expone el bagaje conceptual que guiará el análisis de la información. Luego se analiza la construcción de sujetos masculinos a base de entrevistas minuciosas e historias de vida realizadas con hombres profesionales de clase media¹. Se intenta demostrar cómo se representan, se crean, se recrean y aparecen las masculinidades en las etapas formativas de la infancia y la adolescencia; luego dentro del hogar, en lo que tiene que ver con la paternidad y el trabajo doméstico y posteriormente en dos espacios sociales: el trabajo y la diversión. Las conclusiones plantean una síntesis de las diferentes masculinidades que se perfilan y los procesos de construcción y deconstrucción por los que atraviesan.

La materia sobre la que se indaga aquí es la discursividad que hombres y mujeres construyeron durante las entrevistas y las historias de vida. Sin embargo, no se trata de oponer discursos a prácticas, pues considero que las construcciones discursivas

* Maestría (c) en Género y Políticas Públicas, FLACSO, Quito. Investigadora del Sistema Integrado de Indicadores Sociales del Ecuador.

1 El presente trabajo resume buena parte de una investigación realizada en 1995 para la tesis previa a la obtención de la licenciatura en Antropología en la Pontificia Universidad Católica del Ecuador. Los datos provienen de 7 minuciosas entrevistas, realizadas con hombres profesionales entre 25 y 47 años de edad: cuatro casados, un soltero, un divorciado y un viudo. Entre ellos 4 fueron seleccionados para la realización de historias de vida: dos casados (un periodista de 36 años y un administrador de empresas de 28); un divorciado (sociólogo de 37 años) y un viudo (arquitecto de 47 años). Todos tienen hijos y todos nacieron en Quito, ciudad en la que, además, han vivido casi toda su vida. Se realizaron también entrevistas complementarias con las esposas de los dos primeros. Adicionalmente se hizo una serie de historias de vida generacionales con una abuela, su hija y su nieta, como complemento para el análisis de las transformaciones en los imaginarios y relaciones de género en las últimas décadas.

sivas, las configuraciones lingüísticas o las enunciaciones verbales son por sí mismas actividades concretas de los individuos.

El trabajo abordó la problemática en la clase media por dos motivos. Primero porque es la más permeable al discurso de la modernidad y la que asume -o procura asumir con más énfasis- los nuevos valores que trae consigo la modernización paulatina del país y del Estado, sobre todo en lo que se refiere a la intensificación del individualismo y de los lazos contractuales frente a los lazos comunitarios, los mismos que afectan fuertemente la producción de identidades en general y las de género en particular. Segundo, por la escasez de estudios sobre este sector social en el país.

A partir de los años sesenta la sociedad ecuatoriana experimentó importantes cambios en su estructura económica, cambios que se pueden situar sobre todo en torno a las transformaciones agrarias, la urbanización y la industrialización, procesos que trajeron aparejados cambios en la estructura familiar tales como la nuclearización (familias formadas por padres e hijos únicamente) y la disminución del número de hijos. Deja de regir el dominio de lo privado sobre lo público a través de la organización socio-política terrateniente en la hacienda y religiosa en la vida urbana (Ardaya et. al. 1995: 32). La mujer comienza a ser considerada como sujeto con deberes y derechos, con una identidad diferenciada del núcleo familiar.

Hasta entonces el modelo tradicional de las relaciones entre hombres y mujeres no había sido cuestionado fuertemente, así como tampoco se habían levantado preguntas sobre la forma en que son construidas las identidades femeninas y masculinas. Desde entonces, con la influencia del feminismo y de los cambios estructurales antes mencionados, tanto los roles como las identidades son puestos en cuestión, creando lo que varios autores han calificado como una crisis de identidad masculina (Sinay 1992:22; Moore y Gillette 1993:15; Kreimer 1993: 17).

En el Ecuador, la asunción de nuevos valores es parcial; los cambios no son rupturas definitivas sino modificaciones que dejan aún intocados ciertos imaginarios. Cuví y Martínez, en su investigación sobre mujeres ecuatorianas de clase media, encuentran leves resistencias a los papeles asignados a las mujeres (1994: 16). La educación superior y contacto con la lectura, el estudio, la información y la cultura, además de la generación de ingresos propios, hacen que las mujeres de clase media disputen espacios en las relaciones de pareja. Tratan, por ejemplo, de que los hijos no sean una barrera para sus aspiraciones de carrera y/o afectivas y así modifican los roles tradicionales: procuran delegar parte de la crianza de los hijos al padre, rechazan la carga del trabajo doméstico, etc. Los varones, eventualmente, asumen tareas como cocinar, lavar o arreglar la casa como una ayuda, no en forma permanente ni como una obligación. Las mujeres combinan nuevos roles con viejas nociones, lo que les genera desconcierto, insatisfacción e intranquilidad (Ibid: 31). Dentro del matrimonio, a sus necesidades y satisfacciones personales se anteponen las de sus maridos e hijos. Es decir, se da una mezcla de los viejos valores con nuevas ideas, pero sin llegar, en la mayoría de los casos, a rupturas definitivas.

En este trabajo quiero indagar sobre lo que ocurre con las identidades mascu-

linas en este contexto de cambio cultural, particularmente aprehensible en el comportamiento social de sectores de clase media.

Entiendo las masculinidades en constante transformación, como producto de las relaciones sociales, económicas y políticas. Su construcción es un proceso político que afecta el balance de intereses y la dirección de los cambios en una sociedad. Los términos de género son disputados porque el derecho para explicar el género es reclamado por discursos sociales en conflicto y por varios sistemas de conocimiento, tanto dentro de la vida cotidiana como en las teorías. Las formas conflictivas del conocimiento sobre género revelan la presencia de diferentes prácticas respecto a él (Connell 1995: 3). Por ello se afirma que el proceso de construcción de identidades de género se da en espacios de lucha donde se confrontan referentes simbólicos. El género viene a ser “una especie de filtro cultural con el que interpretamos el mundo y también una especie de armadura con que constreñimos nuestra vida” (Lamas, en Fuller 1997:18).

El hecho es que no se trata más de estudiar cómo se constituye *la masculinidad*, una sola forma de ser hombre, sino cómo se construyen varias masculinidades que coexisten y se superponen en la misma sociedad. La existencia de una pluralidad de construcciones de masculinidad delata a su vez la necesidad de entender las relaciones que se establecen entre ellas. Entonces se va a indagar acerca de las diversas masculinidades que existen entre los hombres profesionales de clase media entrevistados y las relaciones que mantienen entre ellas.

Para abordar la cuestión de las diversas masculinidades y los distintos tipos de relaciones que se establecen entre ellas, me apoyo en la tipología planteada por Connell que define estas relaciones como de hegemonía, subordinación, alianza o complicidad y marginación (Connell 1995: 77). Para caracterizar el primer tipo me referiré al trabajo de Donaldson (1993), sin considerar esta tipología como una camisa de fuerza sino más bien como guía y base para la discusión de la información recogida, procurando reexaminarla de acuerdo a la realidad local.

En referencia al primer tipo de relación, la *hegemónica*, Donaldson extrapola la noción de hegemonía de Gramsci. En cada sociedad y en un determinado período histórico existiría una forma de masculinidad que ocupa la posición hegemónica, en tanto ha convencido a la mayor parte de la población de su validez; organiza a la sociedad en formas que aparecen como normales y naturales, impone una definición de la situación, fija los términos en los cuales los eventos son entendidos y los asuntos, discutidos (1993: 645). Pueden existir resistencias frente a este tipo de masculinidad hegemónica y los grupos que detentan otro tipo de masculinidad pueden retarla e incluso, eventualmente, llegar a ocupar su lugar.

Las restantes formas de masculinidad dependerían de la hegemónica. Se puede mencionar entre ellas las masculinidades *subordinadas*, que serían aquellas que no concuerdan plenamente con el ideal hegemónico y se hallan, a causa de eso, en desventaja; el ejemplo más clásico de este tipo serían los homosexuales.

Luego, Connell sostiene que existen relaciones de *complicidad o alianza* en-

tre masculinidades para referirse a la relación que se establece entre la masculinidad hegemónica y aquellas que aunque no se adapten bien a este patrón y no lo defiendan en primera línea, sin embargo obtienen privilegios y beneficios de su existencia.

Se puede hablar también de *marginalización* de ciertas formas de masculinidad, sobre todo en referencia a aquellas de grupos étnicos o clases sociales subordinadas. Sus prácticas suelen ser consideradas “anormales”, nocivas, no autorizadas, frente a las hegemónicas, o incluso entre dos tipos de masculinidades subordinadas, la una puede ser mirada como marginal con referencia a la otra (Connell 1995: 80-84).

De asumir esta aproximación al problema se derivan también otras consideraciones para el análisis. La multiplicidad de masculinidades no se refiere solo al exterior de los sujetos, sino que se presenta dentro de la misma persona, según los espacios: el hogar, el trabajo, la participación política, etc. Es decir, el sujeto no es un todo monolítico consistente y coherente en todos los ámbitos en los que actúa. Se procurará entonces establecer cómo se presentan las identidades masculinas en los distintos lugares sociales.

Además, lo masculino, la masculinidad, la identidad masculina, no es solo correlato de lo femenino, la femineidad, la identidad femenina, sino que ambos son términos relacionales que coexisten dentro de las relaciones de género, no son los únicos términos², pero sí los fundamentales para las sociedades occidentales. Son términos que no se entienden definidos a base de normas, rasgos inherentes o formas de comportamiento estereotipadas, sino como:

...procesos y relaciones a través de los cuales mujeres y hombres definen su género. La masculinidad es entonces simultáneamente un espacio en las relaciones de género, las prácticas a través de las cuales hombres y mujeres ocupan ese espacio y los efectos de esas prácticas en su experiencia corporal, personalidad y cultura (Connell 1995: 71).³

Dentro de esta línea Fuller propone que para estudiar la constitución de las identidades de género en cada cultura es necesario tomar en cuenta cuatro aspectos centrales: 1) los discursos (ciencia, religión, filosofía, etc.), 2) las representaciones de género, 3) las instituciones de socialización (familia, grupo de pares, colegio, me-

2 Más adelante se discutirá sobre la división binaria de género en hombres y mujeres y las alternativas a este enfoque, sobre todo en consideración a otras formas de construcción del sexo. Un ejemplo del cuestionamiento al que me refiero es la discusión acerca de si los homosexuales o los travestis pueden ser considerados como otro género.

3 Cabe, en este punto, incluir una cita de Derrida (Butler 1993:13) para aclarar la idea. Este autor lo explica así: si la fórmula que se pronuncia para inaugurar una reunión, lanzar un barco o santificar un matrimonio no fuera identificable con un modelo reiterativo, si no fuera identificable de algún modo como “citación”...la intención no desaparecería, tendría su lugar, pero desde ese lugar no sería posible gobernar toda la escena ni un sistema de expresión. Es decir, los órdenes discursivos hegemónicos extraen su capacidad de control de la citación, las alteraciones a los mismos parten siempre de allí y sólo mueven un poco las fronteras.

dios de comunicación, centro de trabajo y vida pública), y 4) las relaciones sociales en las que los actores producen las representaciones de género (1997: 21).

En este trabajo me voy a centrar sobre todo en las autorepresentaciones de género y en la familia como institución primordial de socialización, con una óptica que intenta descubrir cómo los sujetos asumen las representaciones colectivas que les ofrece su cultura y las dotan de significado propio mediante la “actuación”.

En el ejercicio práctico y cotidiano de reiteración de normas ideales se pueden advertir a la vez deformaciones de las mismas y de sus referencias a los imperativos simbólicos dominantes. La repetición no es idéntica siempre, por ello sucede que, casi en cada ocasión, mediante pequeños desplazamientos cada vez, la cita altera poco a poco lo citado⁴. La repetición de la norma hace que ésta cambie, lenta pero consistentemente. Lo que se quiere enfatizar es que la norma no está fijada por completo antes de la citación, sino que es durante aquella que se actualiza y toma forma (Butler 1993:14), y es por ello susceptible de sufrir alteraciones en cada actualización. El género adquiere, por efecto de una práctica reiterativa (ritual), una suerte de naturalización, pero en virtud de la misma reiteración se abren grietas a manera de inestabilidades constitutivas de esas prácticas, formas de interpretación que exceden las reglas. “...esta inestabilidad es la posibilidad deconstitutiva en el proceso de repetición” (Ibid.). Las identidades, en su incesante proceso de construcción poseen múltiples dimensiones discursivas, en cada una de ellas existen varios discursos que se sedimentan en las prácticas y que son reciclados continua y contingentemente.

El imperativo heterosexual de género dominante en la actualidad conlleva un ideal regulatorio que es materializado de muchas formas a través del tiempo; una de ellas es el lenguaje. El acto constructivo del género en el discurso se da en un proceso en el cual la identidad (en este caso la masculinidad) no es anterior ni posterior, sino que emerge dentro y a la par del mismo proceso; éste es temporal y opera por medio de la reiteración de normas. Las identidades sexuales (en este caso masculinidades) son producidas y desestabilizadas en el curso de tal repetición. (Butler 1993)

Por último, es necesario puntualizar brevemente algunos elementos trabajados por algunas autoras latinoamericanas, referentes a la construcción de identidades de género en el escenario particular de América Latina, los mismos que son retomados mas abajo en este mismo trabajo en relación al tema del machismo.

4 Milagros Palma argumenta en el mismo sentido: “el mestizaje es vivido como una tragedia por el macho que es producto de un sacrificio, de una madre violada” (1990: 14). El mestizo, sobre todo, quiere negar a su madre india y ya que no tiene padre, se vuelve hijo de la nada. Sería por ello, en un intento de conciliación simbólica de este conflicto, que el culto a la imagen de la Virgen María (marianismo), busca la madre perfecta, exenta de la vergüenza original (Montecino 1991: 50). A nivel simbólico, la imagen predominante para la identificación masculina sería el macho: irresponsable, no domesticado, romántico y donjuán, con un énfasis en la independencia, la impulsividad y la fuerza física. Su identidad estaría formada sobre todo respecto al referente identitario masculino, que significa el grupo de pares (amigos, hermanos), en vista de la virtual ausencia del padre.

Norma Fuller (1995) cuestiona el nivel de aplicabilidad de la dualidad machismo-marianismo en las diferentes épocas históricas, clases sociales y contextos latinoamericanos. Parte de la idea de que las sociedades latinoamericanas se hallan en un proceso de modernización que ha cuestionado el orden jerárquico tradicional. Esta modernización rompe con la asunción de las identidades de las personas con un foco en la familia o en la comunidad, y se encamina a centrar su constitución en el individuo. La modernización, además, conduciría a formas de construcción identitaria más democráticas, regidas por el principio de la igualdad antes que por el de jerarquía. Entonces, “la polaridad marianismo-machismo es expresión simbólica de la manera cómo se organizan las relaciones entre géneros en un modelo jerárquico particular” (1995: 261) solamente.

A continuación se intenta demostrar cómo estas construcciones culturales intervienen todavía como referentes importantes en las diferentes etapas del ciclo vital de los hombres entrevistados y conviven con otros de corte más bien individualista, pertenecientes a lo que Fuller denomina “ideologías democratizantes”.

Domesticidad masculina

Aunque el trabajo mayor sobre el cual este ensayo se basa incluyó un análisis detenido de las etapas de infancia y adolescencia, por motivos de espacio me concentraré en cuestiones relativas al período adulto de los hombres entrevistados. Durante esta etapa se analizan, respecto a la familia, los espacios del trabajo doméstico y de la paternidad dentro del hogar. Los autores que han abordado esta temática sostienen, en general, que los cambios de los hombres en los últimos años, en su actitud respecto a las actividades domésticas, son más verbales que materiales (Gutmann 1997: 148). En el mismo sentido afirma Norma Fuller: “...trabajos de otros autores [...] confirman que las jerarquías de género, aunque siguen vigentes en la práctica, han perdido legitimidad discursiva” (1997: 41). El panorama que se configuraría entonces, es uno en el cual las declaraciones discursivas -entendiendo en este caso como discurso el nivel del lenguaje- reflejan cambios en las relaciones de género al interior de los hogares y en otros lugares⁵, pero estas alteraciones no encuentran un correlato concreto en las prácticas.

5 El hecho de que la investigadora sea mujer planteó ciertos constreñimientos en el momento de recoger la información. Pero creo que estos límites pueden ser utilizados, a su vez, como un insumo más para el análisis, como un instrumento que permite visualizar el discurso “políticamente correcto” sobre las masculinidades. Pueden contribuir a definir cuál es el deber ser, lo adecuado, la opinión informada para los hombres de clase media. Entonces, en este caso traslucen las representaciones sobre lo doméstico más que las prácticas como tales. Pero, comprendiendo que no es posible separar tajantemente ambos aspectos, en este estudio el discurso mismo es también entendido como una práctica social.

Trabajo doméstico

Por trabajo doméstico se entienden aquí todas aquellas labores que se realizan en el hogar, por las cuales no se recibe una remuneración, ni tienen por destino el mercado; debido a ello, no son consideradas actividades económicas en las definiciones tradicionales.⁶ No se consideran trabajo “real”, a pesar de serlo, y parecen no producir bienes y servicios concretos. Son actividades que tienen que ver con cuidar a los niños, hacer compras, cocinar, lavar, transportar personas y bienes y limpiar. Si bien otros trabajos que se realizan al interior del hogar, tales como pequeñas reparaciones, arreglo del jardín, cuidado del automóvil también podrían considerarse dentro de esta categoría, no me voy a referir a ellos en detalle en tanto no son actividades cotidianas, regulares, que impliquen una determinada carga de horas por día, como sí ocurre con el resto de actividades mencionadas. Las tareas relacionadas con el cuidado de los niños serán abordadas en el acápite sobre la paternidad.

Los actos de repetición, de citación discursiva, son denominados “performatividad” por Butler. La performatividad no es un acto singular, sino la repetición de una norma o conjunto de normas que, mientras adquiere un estatus de acto en el presente, oculta y disimula las convenciones de las cuales es una repetición. Su aparente teatralidad (en el sentido de acto como fruto de la voluntad de los actores) es llevada al punto de que su historicidad, contextualidad y temporalidad son disimuladas (Ibid.: 13).

Una conclusión que se puede extraer del entendimiento de las identidades como fruto de procesos de performatividad, se refiere a que es fundamental poner el acento en dos aspectos: no sólo qué se cita, sino cómo se cita. La manera, el lugar, el tiempo en que se efectúa la citación contribuyen a alterar lo citado; por ello es preciso considerar, respecto a “lo que se dice”, tanto el contexto en el que se da, cuanto las características peculiares que toma en cada caso.

Como primera constatación básica respecto a cómo se cita, a cómo el discurso es actualizado, cabe destacar que ninguno de los hombres entrevistados habló espontáneamente del trabajo doméstico. Fue necesario hacer preguntas específicas al respecto para obtener la información que se detalla abajo. En cambio, las mujeres, de una u otra forma, siempre se refirieron a la temática. El silencio respecto al trabajo doméstico en sí mismo ya delata que es una actividad poco valorada y considerada por los hombres, no ocupa una parte suficientemente importante en su vi-

6 Según la ONU (Sistema de cuentas nacionales, 1993) los servicios domésticos y personales no se consideran como actividades económicas cuando son producidos por miembros del hogar y consumidos dentro del mismo hogar (que sería el caso del trabajo doméstico realizado por la misma familia). La decisión de producción es simultánea al autoconsumo del servicio, por lo que no existe la posibilidad de destinarlo al mercado, que es lo que hace que una actividad se defina como económica. Entre estos servicios se cuentan: la limpieza, la decoración y el mantenimiento de la vivienda; la limpieza, el mantenimiento y la reparación de bienes duraderos o de otros bienes de los hogares; la elaboración y el servicio de comidas; el cuidado, la formación y la instrucción de los hijos; el cuidado de los enfermos, inválidos y personas de edad avanzada; el transporte de los miembros del hogar y sus bienes.

da como para referirse a él, no forma parte de su cotidianidad. El contexto de una entrevista no es el más favorable para “confesiones”, sin embargo hubo pocas resistencias a hablar de sexualidad por ejemplo, de ahí que se destaque este silencio.

Como segunda constatación puede observarse que lo que dicen los hombres al respecto es mucho más breve y sucinto. Las opiniones de las mujeres son más largas y elaboradas. La pregunta en ambos casos fue exactamente la misma: ¿quién se ocupa de los quehaceres domésticos? Pero la sola extensión de las respuestas revela que no se trata de un aspecto central en sus vidas. No tenían un discurso prefijado, listo para ser expuesto, -como es el caso de la paternidad, por ejemplo- sino que era elaborado en el momento.

Por ello, creo que es fructífero el uso de la dicotomía activo/pasivo respecto a este espacio. Tradicionalmente en la literatura sobre el tema se ha asociado lo pasivo con lo privado y con lo femenino, y viceversa, lo público con lo activo y masculino. Aquí se propone, en cambio, establecer cómo en ciertas cuestiones domésticas los hombres asumen un papel pasivo, en tanto que en otras su presencia es activa.

Respecto a qué se cita, qué es lo que se invoca respecto al trabajo doméstico destaca el modo en que este espacio es concebido como básicamente ajeno; se dan incursiones en él lentamente y con muchas resistencias. La “colaboración” en el trabajo doméstico tiene un carácter esporádico y a veces conflictivo. A continuación se detallan las opiniones de los hombres al respecto, complementadas, cuando es posible, por las opiniones de sus esposas:

Para los quehaceres domésticos por supuesto yo soy mucho más vago. Ella me ha estado todo el tiempo: “haz esto...” A mí no me gusta cocinar; si he cocinado dos veces en mi vida es mucho, no me gusta, detesto. Pero en cambio lavar los platos, limpiar la casa, yo lo hago. Y ahora lo hago sin ningún problema; me ha costado; es decir, ella, en ese sentido, ha tenido una mentalidad mucho más igualitaria en cuanto a pareja (HV1: 5-6).

La esposa:

Pero en todo un poquito, me entiendes, no es que él pasa todo el día metido, yo creo que es la mujer la que realmente siempre pasa metida, por más abierta que sea y que salga y que trabaje, o sea es más pendiente; será por su carácter, es mucho más filática se puede decir, más cuidadosa. En general yo he visto eso, con mis amigas igual, son ellas las que están pendientes de todo, por más que el tipo ayude. Pero el rato de los ratos, si tiene que hacer algo más importante se va no más... Ese es el rollo que a mí me muere de rabia, porque lo ven como una ayuda y no es una ayuda es una obligación. No hay tal, es una obligación, tienen que hacerlo (Entreve 1: 4).

Aquí queda claramente establecido cómo ha sido la mujer quien ha intentado una distribución de trabajo más equitativa al interior de la casa, asumiendo que se trata de una obligación de los hombres y no una ayuda generosa. El proceso ha sido conflictivo porque es una iniciativa que se contrapone a la educación recibida por esta persona, por lo cual, se internaliza poco a poco, porque no es solo una cuestión de cambiar los hábitos, sino que implica también cambiar la mentalidad. Aunque, como diría Bourdieu, los habitus y las mentes que conforman, están al mismo nivel (Ibid.: 25). Los derechos para las mujeres no existen solo en el ámbito público, sino que también se trasladan al espacio doméstico. No hacer trabajo doméstico lo convierte en vago, deja de ser una actitud normal. Es decir, en este caso, la representación sobre la realización de trabajo doméstico por parte de los hombres ha cambiado, al asumir esta noción de “ser vago”, implícitamente está asumiendo a la vez la idea de que el trabajo doméstico es parte de sus obligaciones.

Otro caso:

Para los quehaceres domésticos, bueno, tenemos la empleada. Viene de lunes a viernes. En el caso de que estuviéramos sin empleada *sí ayuda también*, pero no soy muy aparente para eso. Pero en lo que más ayuda es en tender una cama, arreglar la casa, en la cocina, no. Ah, lavar platos, eso lavo. Pero yo creo que en el hogar sí deben manejarse ciertas diferencias, no hablemos en el sentido de que todo tiene que hacer la mujer pero sí, yo creo, debe recibirle con un almuerzo, con algo de qué comer, servirle a su esposo, porque quizás es el hombre el que trabaja más en la mayoría de los casos. A veces la mujer trabaja más, pero en la mayoría de los casos el hombre llega más cansado, y que llegue encima más a cocinar, se va de la casa. Y es justo y lógico que las que deberían hacerlo son ellas. Eso no quita que el fin de semana, *el hombre haga algo para la esposa o ayude a hacer algo*, yo no le veo mal a eso y ayudo limpiando la casa o lavando los platos, pero hay cosas que a mí no me gusta hacer... (HV2:18-19).

Esposa:

No, él sí, no, olvídale, él no hace absolutamente nada en la casa; muy rara vez; ya tiene que ser algo extremo, que estemos 6 meses sin empleada como para que él tienda la cama, de lo contrario, él no. Nos hemos acostumbrado así. No: yo siempre he estado a cargo de la casa, de las empleadas, todo lo que significa la casa, compras, etc... Una cosa temporal él hizo las compras del mercado o cuando ha sido absolutamente necesario como cuando estuve en cama, pero por lo general todo está a mi cargo (Entreve 2: 2).

Según esta persona el trabajo doméstico es exclusiva responsabilidad de las mujeres. Ellas están en la obligación de atender a los hombres. De alguna forma, el interpretar que se sufre mayor cansancio por trabajar fuera sirve también como una suerte de excusa frente a la no realización de estas tareas, ya que consideraciones similares

no se aplican a la esposa que también trabaja, aunque lo haga medio tiempo. Luego, hay un doble estándar: el trabajo del hombre a tiempo completo es más duro que el trabajo de la mujer a tiempo completo (medio tiempo fuera de la casa y al menos otro medio tiempo dentro de ella). Se apela al discurso tradicional para legitimar una posición en la que los roles masculinos y femeninos ya no son los tradicionales. Aparece aquí una de las formas en las que en la citación se sedimentan varios discursos. Se naturaliza una construcción social y no se puede imaginar otra posibilidad.

Entonces, el trabajo doméstico sólo se realiza eventualmente, cuando circunstancias especiales obligan a ello (enfermedad de la esposa, falta de la empleada, etc.), y no es considerado una obligación, sino una ayuda, un favor que se realiza, externamente a lo que les corresponde a los hombres. Además, el papel de la empleada doméstica en este punto es fundamental. Ella reduce la sobrecarga de trabajo de las mujeres y actúa como una suerte de colchón que amortigua los problemas que podría causar la repartición poco equitativa del trabajo doméstico y reduce la presión por parte de las mujeres.

Como se ve, son las mujeres las que inician las transformaciones; son ellas las que tratan de hacer que sus esposos compartan aunque sea una pequeña parte del trabajo doméstico. La participación masculina se da sobre todo en tareas como lavar platos, arreglar la casa, hacer compras, mientras que cocinar sigue siendo una labor eminentemente femenina.

El término que tanto los hombres como algunas de las mujeres emplean para describir el trabajo doméstico que hacen éstos es “ayudar”. Este verbo tiene una connotación de tarea extra, no de obligación, deber o responsabilidad. Según el diccionario, ayudar es prestar cooperación, auxiliar, socorrer (Diccionario Aristos, p. 217). Es decir, apoyar en algo que hace otra persona, que no está en el ámbito de lo propio, sino en un espacio ajeno. Los hombres asumen el trabajo doméstico como algo que les toca hacer eventualmente, para contribuir con las obligaciones de sus esposas. Si bien el modelo “*hombre solo trabaja, mujer exclusivamente ama de casa*” ha dejado de ser predominante en la clase media, no existe un modelo alternativo como podría ser: hombre y mujer trabajan por una remuneración y comparan por igual el trabajo doméstico.

Las versiones de esposos y esposas se confirman mutuamente. Si bien el trabajo doméstico ha perdido su connotación “esencialmente” femenina, tampoco se ha masculinizado. Lo que se cita aquí es el discurso del amor, de la caridad con cierto tinte cristiano; el refrán: “la caridad empieza por casa”, aparece como clave respecto de estos enunciados.

Los conceptos de favor o ayuda para referirse a los motivos por los cuales los hombres realizan trabajo doméstico son susceptibles de una interpretación ulterior. Para explicar más profundamente estas nociones creo que es pertinente retomar un concepto que, aunque viene de la cultura política, se adapta al sentido de lo dicho. Me refiero al concepto de *ciudadanía concedida*, elaborado por Teresa Sales para ex-

plicar la relación entre los grandes propietarios de tierras en Brasil y los hombres libres (pobres no esclavos). Las relaciones entre ambos estarían mediadas por la categoría de favor. Los derechos básicos, a la vida, a la libertad individual, a la propiedad, al trabajo, etc. de los “hombres libres” solo están garantizados y asegurados en tanto son amparados por un caudillo local (1994: 29). Estos personajes, por sus alianzas con el Estado y por su poder económico, son los que protegen y proveen, los que conceden la ciudadanía al precautelar los derechos. Salvo en un caso, en la información analizada no existe el sentido de derechos y deberes compartidos, sino que más bien subyace la idea de que es una dádiva que se entrega desde alguien con más poder y capacidad al débil que necesita protección. A las mujeres se les concede un favor.

El desplazamiento de los límites discursivos en el caso de las mujeres es más amplio y unánime: los hombres también deberían ocuparse del trabajo doméstico, en mayor o menor medida. Los hombres, en cambio, ofrecen una mayor variabilidad de opiniones, desde una que coincide con la de las mujeres hasta otra totalmente opuesta, pasando por puntos intermedios, lo que configura un espectro amplio y diverso. Podría decirse que las une el rasgo de la combinación de varios discursos viejos y nuevos, anticuados y progresistas, en cada una de ellas. Pero en general, las masculinidades son pasivas respecto al trabajo doméstico.

Paternalidad

Existen diferentes relatos en lo que se refiere a la paternidad: al mismo tiempo que surgen nuevas prácticas, se refuerzan ciertos aspectos de las viejas. Sin embargo, todos los entrevistados marcan una ruptura con relación a sus padres en lo que respecta a la paternidad. Están más involucrados cotidianamente con la crianza de sus hijos. Sintieron que sus padres no se ocupaban suficientemente de ellos, y por eso, ahora cuando son padres, expresan la necesidad de hacer las cosas de forma diferente. Se trata de una diferencia generacional que activa nuevas prácticas y discursos respecto a la relación padre-hijo.

La diversidad puede encontrarse en las formas en que los sujetos privilegian, disimulan o esconden partes de sus relatos de género⁷, de forma que a la vez reiteran y alteran el orden discursivo (el ideal regulatorio), construyendo masculinidades semejantes pero ligeramente diferentes a él. Más que romper definitivamente con lo dado o lo aprendido, lo que sucede cuando se pueden evidenciar ciertos cambios en las prácticas discursivas, es que sus límites son alterados levemente.

Al contrario de lo que sucede con el trabajo doméstico, el tema de los hijos y las actividades relacionadas con la paternidad fueron abordadas por todos los hom-

7 Por ejemplo, cuando un hombre relata sus infidelidades a sus amigos varones y mujeres, pero oculta las de su esposa.

bres sin necesidad previa de una pregunta al respecto. Lo mismo sucedió con los testimonios de las mujeres.

En la HV1 la paternidad fue algo difícil de asumir y en dos ocasiones un hecho que la esposa decidió por él; no fue fruto de una planificación conjunta ni algo que él esperaba. Cuando existió planificación familiar, esta responsabilidad recayó totalmente en la esposa. La paternidad no aparece aquí como algo absolutamente necesario ni fundamental para conformar la identidad masculina. Pero la manera de asumirla es diferente, más involucrada, en un proceso de menos a más entre el primero y el segundo hijo, aunque en ambos casos se plantea desde el inicio la crianza conjunta entre padre y madre en lo cotidiano:

La relación con mis hijos ha sido siempre super abierta, no ha habido ningún problema de niños; hasta hace poco, por ejemplo, con el mayor absolutamente abierta; creo que muy rica de lado y lado, basada en muchísima confianza, a veces con ciertos rasgos autoritarios de mi parte, finalmente soy hijo de mi papá, pero que han sido asimilados. Con la mamá las relaciones son mucho más chéveres que conmigo. Conmigo, listo, confianza, haz todo lo que quieras, pero hay distancias sobre todo con mi hijo mayor, tenemos caracteres bastante parecidos, es una persona muy dominante... Pero en cambio con la mamá tiene una relación super fresca, siempre ha tenido... y un poco, por ejemplo, le bromea a la mamá él, cuando llega tarde... ¿de dónde llegas a esta hora, qué te pasa, de dónde vienes?, todo así no, se ríe, ese es el nivel, una relación muy plena, conversa mucho más con ella (HV1:6).

El proceso se ha sido orientado hacia la construcción de relaciones más democráticas con los hijos, pero en esta tarea su esposa ha tenido más éxito. Hay una reflexión sobre lo que significa ser padre y cómo eso ha cambiado a través del tiempo y con respecto a su propia educación. Hay incertidumbres sobre las formas de ejercer la paternidad; no se trata de algo dado, pre-establecido, fijado. La ruptura con la forma en que fue educado, con el discurso tradicional de las relaciones de género deja ciertos vacíos que son aún difíciles de llenar por discursos “nuevos”.

El embarazo es visto como un período de especial conflictividad de la mujer; el marido no lo vive ni se prepara para el nacimiento de un hijo/a, sino que lo resiste como una prueba. Surge otra vez el trabajo⁸ remunerado como un espacio muy importante para los hombres, y por ello constituye una base para disculpar su ausencia en lo doméstico.

En la segunda historia de vida encontramos en forma general un rechazo aún más marcado por la forma en que fue criado el relator y eso explica su voluntad de cambio radical. Asume tareas cotidianas del cuidado de su hija, e incluso llega a sentirse culpable por no dedicar más tiempo a su crianza, algo que para la generación anterior sería impensable. Aparece la idea de que la crianza de los hijos no es

8 Es un punto que se repite en muchos lugares. Connell (1995: 115), al referirse a la masculinidad hegemónica, coloca como uno de sus ejes al trabajo remunerado.

exclusiva responsabilidad de la madre. Pero todavía la esposa es quien se ocupa casi totalmente de los hijos.

Otro rasgo específico de la paternidad entre los casos estudiados es que ésta se consolida y toma su real dimensión cuando se es padre de un hijo que permite -como se dijo- “continuar la estirpe”, es decir, la paternidad tiene más importancia si el vástago es varón; ser padre de una niña no reviste del mismo valor. Y esta afirmación se vuelve más relevante si se trata del primer hijo.

La sobrecarga de tareas por asumir responsabilidades no planificadas se evidencia, asimismo, en un sentido curiosamente parecido al que se suele utilizar al referirse al triple rol de las mujeres (productivo, reproductivo y de gestión comunal). Aparece a veces un prototipo de hombre menos fuerte, que es capaz de mostrar su fragilidad.

...trabajaba muchísimo, trabajaba, estudiaba y era padre, o sea son dimensiones que a veces no aparecen y, además, muy joven (HV4:9).

Pero también se encontró rechazo frente a esposas que han transgredido su rol tradicional. La esposa, tal como es presentada aquí en la siguiente cita, se distancia claramente del prototipo de la buena madre. Pero, aunque él reconoce que mantenía el mismo tipo de actitudes, la mujer es criticada por ello, en tanto que él no.

...entonces a veces yo, este, llegaba a la casa, mi hija estaba y ella no llegaba, no llegaba o a veces simplemente llegaba al otro día, borracha y tal. Este... eso no quiere decir que yo no lo hacía, yo también, por supuesto que lo hacía, pero sí me cuestionaba mucho esa falta de entrega; entonces ahí hubo otra vez cuernos, como que los cuernos están presentes en mi vida. Pero claro, yo me enteré luego, y fue doloroso porque ella se fue a vivir, este, en un sitio, compartía con un tipo... algo que ni siquiera era un departamento, eran habitaciones contiguas. Y fue doloroso, porque o sea, verle a mi hija en ese proceso era terrible, era terrible, ella ha sufrido mucho. No creo que se acuerde porque ella tenía 4 años, 3 años, pero si es que se acuerda, va a ser doloroso (HV4: 10).

Para concluir esta parte sobre la paternidad, se puede decir que en la vida cotidiana las mujeres se ocupan de la gran mayoría de tareas relacionadas con el cuidado y la educación de los hijos, y sólo reciben, en algunos casos, algo de ayuda en cosas muy específicas: bañar a uno, revisar los deberes a otro, etc. Pero esta tarea ya no tiene el sentido de ayuda sino de responsabilidad, y aunque todavía no se asuma plenamente como tal, el giro es importante.

En tres de las cuatro historias de vida, el primer embarazo no fue planificado y fue la causa del matrimonio en dos de ellos. La responsabilidad por el control de la natalidad aún no había sido incorporada ni por hombres ni por mujeres.

La posibilidad de seguir de cerca el proceso de crecimiento de los hijos/as alcanza un nuevo reconocimiento por parte de los padres. No están interesados en permanecer solamente en el rol de proveedores y fijadores de grandes normas de

conducta y castigos cuando éstas sean rotas. El tipo de relación ideal se basa en el cariño y la confianza, en ese sentido se diferencia de la educación que recibieron.

Al contrastar estas citas con lo dicho por las *mujeres*, se puede evidenciar que la preocupación de ellas, al ser personas que trabajan fuera del hogar, se centra en cómo lograr un mejor equilibrio entre los diferentes roles cumplidos: trabajadora, esposa, madre. Un tema de constante reflexión es quién cuida a su hijo durante su ausencia cotidiana del hogar y en qué términos se da ese cuidado.

Un cambio que se evidencia a este respecto es el de la igualdad entre hombres y mujeres, incluso en la aspiración de realizaciones profesionales equivalentes para hijos/as, al menos iguales a las propias y si fuera posible, mejores.

Resulta sumamente ilustrativo el contrastar lo que los hombres y las mujeres enfatizan respecto a sus hijos. Ellas se refieren al futuro y sus aspiraciones, incorporando nociones de progreso e igualdad, mientras ellos se centran en los aspectos afectivos y diarios de la relación como el espacio al que deben acceder, en tanto les ha sido ajeno hasta hoy en cierta medida. Las mujeres, en cambio, no tienen la necesidad de establecer o reforzar un vínculo que está ya construido, y por ello apuntan hacia oportunidades laborales y vitales más generales. El relativo silencio descubre la “esencialidad” discursiva del vínculo madre-hijos/as.

Al referirse a la paternidad los hombres ya no consideran su participación como una ayuda o favor, pero la ampliación de la misma no está relacionada con una revisión de los deberes y derechos que les corresponden en tanto hombres frente a las mujeres. Las motivaciones para desear y procurar una vinculación más estrecha con sus hijos son afectivas. Por ello podría decirse que la transformación apunta, más bien, en el sentido de una mayor sensibilización masculina, de una necesidad de expresar los sentimientos, que revela masculinidades nuevas menos “duras”. Este deseo por realizar actividades nutricias y por expresar emociones es una de las características que se aplican en los países desarrollados al “nuevo hombre” post-feminismo (Cornwall y Lindisfarne 1994: 16), que de alguna manera aparecen aquí, pero circunscritas al espacio de la paternidad, sin influencia en otros ámbitos.

Otro aspecto que aparece en forma reiterada en el análisis de las historias de vida es cómo se marcan las diferencias generacionales en los discursos. Hay una tendencia entre los más jóvenes, tanto hombres como mujeres, a discursos y prácticas más igualitarios en lo que respecta a las actividades dentro del espacio doméstico: hombres que cotidianamente arreglan la casa, cocinan, etc. Se insinúa con ello una de las posibles direcciones de cambio de las masculinidades hacia el futuro.

Un punto fundamental que debe destacarse es que, si bien ciertos roles son cuestionados y/o alterados, las cualidades esenciales asignadas en el discurso a hombres y mujeres como géneros absolutamente correspondientes a sexos biológicos en una matriz puramente heterosexual, no han sufrido cambios. Se produce lo que resalta Bourdieu: la dominación masculina debe su eficacia a que en ella convergen dos operaciones: se legitima una relación de dominación al inscribirla en la naturaleza biológica, y esta es, en sí misma, una construcción social naturalizada (1997: 8).

Diversas masculinidades

Al retomar desde otro ángulo los aspectos que se han analizado, se aborda en este acápite las diversas formas de ser hombre. La multiplicidad de masculinidades no se refiere solo al exterior del sujeto, a las diferencias entre sujetos, sino que se presenta, como ya se dijo, dentro de la misma persona, según los espacios: el hogar, el trabajo, la participación política, etc. Este segundo aspecto de la diversidad ya fue abordado; a continuación se desarrollará sobre todo el primer punto.

Una tipología siempre resulta esquemática para capturar una realidad que no está formada por todos coherentes y que además se encuentra en constante cambio; por ello la aproximación hecha aquí no debería ser entendida como una camisa de fuerza en la cual se ubican los sujetos como en compartimientos estancos. Por ejemplo, los mismos sujetos que asumen relaciones de complicidad con la masculinidad hegemónica, respecto a la paternidad (ver acápite anterior), tienen una actitud bastante abierta, nueva, que cuestiona ese tipo de masculinidad. La ambigüedad inherente a la autodefinición identitaria se revela en forma clara en muchos de los testimonios.

El recurso de congelar en ciertos puntos los procesos sociales se emplea aquí para facilitar la visualización y la comparación de rasgos básicos en la constitución de masculinidades, como son los que tienen que ver con las relaciones entre hombres (la relación con las mujeres fue abordada antes) y con los referentes simbólicos más importantes a los que hacen relación. Como sostiene Prieur, la lucha sobre las definiciones de masculinidad es sobre todo una lucha entre hombres, y dada la dominación masculina presente en las sociedades latinoamericanas, los hombres también tienen considerable poder sobre las definiciones de femineidad (Prieur 1996: 97).

Además de lo ya señalado quisiera añadir que dentro de cada sociedad y estrato específico predominaría uno de los tipos de masculinidad, a este se le llama masculinidad hegemónica⁸. Se la entiende como una forma culturalmente idealizada, un proyecto personal y colectivo, que se presenta como natural y que está socialmente sustentado. No todos los hombres la practican pero todos se benefician de su existencia (Donaldson 1993: 645). Se trata de un modelo ideal jamás perfectamente alcanzado por los hombres reales y concretos, pero que ejerce su influencia sobre todos. En el concepto de masculinidad hegemónica son fundantes dos ideas: la heterosexualidad como norma y la homofobia.

Para Connell, la masculinidad hegemónica puede definirse como:

...the configuration of gender practice which embodies the currently accepted answer to the problem of the legitimacy of patriarchy which guarantees (or is taken to guarantee) the dominant position of men and the subordination of women⁹ (1995: 77).

9 (Traducción libre) La masculinidad hegemónica puede ser definida como la configuración de prácticas de género que encarna la respuesta corrientemente aceptada al problema de la legitimidad del patriarcado, la cual garantiza (o es tomada para garantizar) la posición dominante de los hombres y la subordinación de las mujeres.

Para que se establezca la hegemonía debe haber cierta correspondencia entre el ideal cultural y el poder institucional colectivo. Es decir, el modelo de masculinidad hegemónica tiene un alto grado de correspondencia con los valores prefijados por el discurso de los actores sociales dominantes, tales como el Estado, la Iglesia y el aparato educativo y los medios de comunicación. Por eso, más que la violencia directa, la marca de la hegemonía es la exitosa pretensión de autoridad.

La masculinidad hegemónica es “una cuestión de cómo grupos particulares de hombres ocupan posiciones de poder y riqueza, y cómo legitiman y reproducen las relaciones sociales que generan su dominación” (Carrigan, Connell and Lee citados en Donaldson 1993: 655). A través de la masculinidad hegemónica muchos hombres se benefician del control sobre las mujeres y para unos pocos hombres significa también el control sobre otros hombres. La diferencia crucial entre la masculinidad hegemónica y otras masculinidades no es solamente el control de las mujeres, sino el control de éstas y de los demás hombres a su vez, y la representación de este dominio como “avance social universal” (Ibid.).

Los intelectuales orgánicos -una vez más en términos de Gramsci- de la masculinidad hegemónica serían sacerdotes, periodistas, publicistas, políticos, psiquiatras, actores, guionistas, escritores, músicos, activistas, académicos y deportistas, gente que regula y controla los regímenes de género, articulan experiencias, fantasías y perspectivas, reflejan e interpretan las relaciones de género (Ibid: 646).

A continuación haré un análisis de cómo se dan los tipos de masculinidad, partiendo del estudio de dos lugares sociales que considero privilegiados para ello: el trabajo y las diversiones. Son además espacios considerados importantes por las personas entrevistadas, mencionados repetidamente. Son espacios que develan el estado de transición entre los valores tradicionales y nuevas formas de construir las masculinidades, pero sin considerar que sean los únicos espacios donde se manifiestan.

Trabajo

Es fundamental detenerse en este espacio, en tanto se considera uno de los ejes de la masculinidad hegemónica. Una de las primeras y principales reivindicaciones de los movimientos feministas ha sido siempre el derecho de las mujeres al trabajo fuera del hogar, precisamente por el entendimiento de que el trabajo es una especie de centro de la participación social, pero también, y es lo que interesa en este caso, respecto de la construcción de una identidad de género. Morgan (1992: 76) señala que los más recientes estudios sobre hombres concuerdan todos en que el trabajo, tanto en sentido general como específico, es asumido por los hombres como una de las bases principales de lo que significa ser hombre. Si se pregunta a los hombres qué son, la respuesta de la mayoría vendrá en términos del trabajo que desempeñan.

El trabajo forma parte, además, del espacio público referido a lo masculino, polo opuesto y complementario del espacio privado, simbólicamente asociado con lo doméstico y femenino. Se trataría entonces de un espacio que, en tanto público, sería básicamente masculino en el que se realizan las actividades mejor valoradas socialmente, por ser el espacio de lo que se ve, de lo expuesto a la mirada pública (Amorós 1990: 8).

Con relación al papel simbólico del trabajo en la definición de identidades masculinas, se puede ver que hay consenso en entenderlo como una actividad tanto para hombres como para mujeres. Teóricamente se tiene el mismo “derecho”, pero no se considera que, necesariamente, las mujeres deben trabajar, es decir no hay una normatividad estricta a este respecto; en cambio para el hombre sí es un comportamiento obligatorio en general y mucho más una vez casado, cuando es imperativo que mantenga el hogar. Las opiniones de algunos entrevistados:

...de hecho creo que es muy respetable esto: la mujer y el hombre tenemos el mismo derecho de realizarnos como hombres o como mujeres y como profesionales (Entrev 2).

Pero está demostrado que la mujer puede incursionar en muchos campos y no comparto nada de feminismos; estoy de acuerdo con que la mujer salga, progrese y demuestre, como lo está haciendo hasta hoy en cualquier campo (Entrev 6).

Hay un reconocimiento discursivo de los nuevos roles de las mujeres en el espacio público que no coincide con la práctica, en la medida en que, si se quiere compartir plenamente el espacio público, debe compartirse también el espacio privado, si no es muy difícil que las mujeres puedan habitar cómodamente en los dos ámbitos. Pretender que las mujeres sean perfectas amas de casa y madres, a la vez que perfectas profesionales, sin compartir el trabajo doméstico con el esposo, es una sobrecarga de trabajo excesiva. Pero aparentemente sería el ideal representado en estos discursos.

...Será porque tengo una madre que me ha enseñado ser tan buena profesional como buena madre, que para mí no hay una razón por la que puedan ser divorciados el ser profesional de ser una buena madre (Entrev 5).

O sea que, en el fondo, la masculinidad dominante ha sido poco cuestionada; sigue fuertemente basada en la preservación del espacio público como su ámbito de recreación y se niega a participar en el espacio privado-doméstico.

Salvo en un caso, la posibilidad de no trabajar no se considera siquiera, no existe, no se menciona nunca, lo cual refuerza nuestro argumento de que el punto crucial en las historias de vida es que las masculinidades se organizan en torno a la experiencia de trabajo, alrededor del espacio público.

Diversiones

Explorar lo que ocurre en este espacio es importante debido a que tradicionalmente existía una división muy marcada: ciertas diversiones eran sólo para hombres, otros espacios compartidos y, además, siempre una mayor posibilidad de los hombres de salir libremente. Así como en la posibilidad de trabajar fuera de la casa se marca la masculinidad, en la posibilidad de salir a divertirse, también. Se ponen en circulación sistemas de clasificación que asignan lugares sociales a cada categoría de persona. La dicotomía de lo público y lo privado en torno a las relaciones de género puede ser trabajada a partir de esta noción de lugares sociales fijos.

los hombres salíamos más, éramos más independientes, nos soltaban un poquito más. ...de esa forma uno crece, no, con la familia de uno, siempre las hermanitas son las de más cuidado, hay que tener cuidado, que le acompañe el hermano, etcétera, este tipo de cosas se dan siempre aquí en esta sociedad, no (Entrev 2).

...inclusive ella salía a las fiestas conmigo, solo conmigo y yo daba una vuelteita y le soltaba, me iba por mi lado; después le recogía y nos íbamos a la casa. Con ella y el grupo, no, porque no podía salir sola. Entonces yo hacía el papel de hermano (HV3: 12).

Las mujeres no pueden salir solas en tanto que los hombres sí y además deben cuidar de ellas. La educación se daba en este sentido con normas bastante explícitas. Se puede ver en estas citas la influencia de la noción del honor que ha sido trabajada por Pitt Rivers (citado en Fuller 1997: 33-35) en las sociedades tradicionales del área mediterránea. El honor sería el valor de una persona para sí misma y para la sociedad. El ideal del varón honorable estaría representado por la palabra *hombria* que subsume tanto la vergüenza (reconocimiento social) como la virilidad (fortaleza física y sexual). La vergüenza es la preocupación por la reputación y atañe a la autoestima y al reconocimiento público de ese sentimiento. Los hombres, en tanto asociados al mundo exterior, se consideran responsables por la pureza sexual de sus mujeres (madre, esposa, hijas y hermanas) porque en ello estriba la esencia de su honor moral, y el honor moral es la esencia del honor porque está conectado con lo sagrado. El honor de un varón está comprometido en el comportamiento sexual de ellas, no en el propio. El espíritu del honor se opone, fundamentalmente, a una moral universal y formal; las reglas para las mujeres son diferentes de aquellas para los varones. Se evidencia, así mismo, la importancia del reconocimiento de otros hombres y de la comunidad para reafirmar la masculinidad de cada varón.

Pero cuando va a beber alcohol, que en nuestro medio es considerada una de las diversiones principales, lo hace sólo con amigos del mismo sexo, ese es un espacio del que las mujeres quedan excluidas.

Se puede apreciar de forma clara que un elemento clave acerca de cómo se construye la identidad reside en esta posibilidad que los hombres tienen en mucho mayor grado que las mujeres, esa libertad de accionar.

Al examinar el ámbito del trabajo y de las diversiones, se van configurando dos tipos de masculinidades; la primera, que yo denominaría *cómplice* más que propiamente hegemónica, en la que hay un reconocimiento, en el ámbito discursivo, de la igualdad entre hombres y mujeres y de las posibilidades de hacer las mismas cosas, pero que no se refleja sino débilmente en las prácticas. Se trata de aquellos para quienes el trabajo es un eje fundamental de la vida, que no cuestionan la división de tareas entre hombres y mujeres ni tienen conciencia del ejercicio de poder en su beneficio que ello implica. Los controles no se ejercen en forma violenta, no se trata de hombres que golpeen a sus esposas o que les prohíban hacer una u otra cosa, sino de consensos previamente negociados en su favor, internalizados en la educación y repetidos en las prácticas cotidianas, que toman mucho de las estructuras de género tradicionales, adaptándolas a los cambios, principalmente económicos, que el capitalismo exige en la actualidad. Es decir, no se trata de la “punta de lanza” de la dominación masculina, sino de varones que se benefician del estado de las cosas, aprovechan las prácticas y discursos más tradicionales vigentes aún, comparten los esquemas de percepción y apreciación de los dominadores (Priour en Malhuus y Stølen 1996: 100). Para la información que se considera aquí el modelo hegemónico no estaría, por decirlo de algún modo, encarnado en los sujetos, sino que funcionaría más bien a modo de referente simbólico.

La masculinidad subordinada vendría a ser aquella que no se reafirma sobre el poder trabajar fuera de la casa o el poder salir a divertirse, sino que abre la posibilidad de espacios diferentes donde conformar una identidad de género. De compartir responsabilidades con las mujeres dentro y fuera del hogar. De un hombre que es mantenido por su esposa, que realiza quehaceres domésticos, es decir, que procura construir su identidad no a base del poder sobre el otro, sino de acuerdo a una estrategia más democrática y respetuosa de los derechos de las mujeres. En definitiva, que construye su masculinidad de acuerdo a un modelo alternativo, diferente al considerado normal por la sociedad, y que, por lo tanto, es reprimido y controlado por ella. En este caso la supresión de toda una gama de emociones, necesidades y posibilidades tales como el placer de cuidar de otros, la receptividad, la empatía, desempeñan un papel menor (Kaufman, en Arango et. al, 1995: 135), aunque todavía son amenazas a la capacidad de control sobre los otros, que sería uno de los ejes de la masculinidad hegemónica.

El machismo y la homosexualidad

Analizo aquí los referentes considerados como los extremos: el uno es visto como la exacerbación de los atributos más violentos de lo masculino y el otro se define a menudo como la virtual desaparición de los mismos.

El machismo es la etiqueta con la cual, en principio, se calificó a un tipo particular de masculinidad que se supone correspondería a América Latina (especialmente México, donde surge el término), pero posteriormente su uso se ha universalizado para significar dominación masculina. Dentro de las ciencias sociales una de las primeras autoras en emplear el concepto fue Evelyn Stevens en su ensayo sobre marianismo y machismo (citado en Brusco 1995: 81; Gutmann 1994: 223), quien lo describe como la personalidad masculina y el patrón de comportamiento que le corresponde, caracterizado por una excesiva intransigencia en las relaciones entre hombres (homofobia, subyugación de las masculinidades alternativas), y arrogancia y agresión sexual en las relaciones hombre-mujer. Una sociedad machista estaría caracterizada por un exceso de poder y de privilegio masculinos y el correspondiente estatus inferior y falta de poder de las mujeres. La mayor fuerza física e intelectual de los varones tendría su contrapeso en la superioridad moral y espiritual de las mujeres.

Aquí se entenderá el machismo no como sinónimo de patriarcado o de dominación masculina, sino como una forma específica de prerrogativa masculina (Brusco 1995: 81). Una conceptualización de lo que sería un macho resulta ardua; como dice Lancaster (citado en Gutmann 1994: 222), definir el machismo se vuelve difícil porque no constituye solamente una forma de “conciencia” o “ideología”, sino que es un campo de relaciones productivas. El concepto ha sufrido muchas modificaciones y cambios en las diferentes épocas históricas, lugares y contextos en que ha sido empleado.

Sin embargo, en general, las interpretaciones sobre el machismo oscilan en torno a dos ejes: las primeras enfatizan la autoconfianza masculina, mientras las segundas mantienen la noción de duda y debilidad masculinas. Desde ciertas lecturas (Fuller 1997: 148) se ha asimilado el machismo como un conjunto de rasgos masculinos que hacen alusión a la fuerza y la capacidad de dominar y ejercer poder de los hombres sobre las mujeres y sobre otros hombres más débiles; en tanto que otros autores ven al macho como el hombre inseguro y descontrolado, bebedor, mujeriego, incapaz de sustentar económicamente su hogar de forma adecuada, por todo ello, débil.

Respecto a la información recogida, se debe señalar que nunca se hizo una pregunta directa sobre el machismo, pero en la mayoría de casos los hombres se expresaron espontáneamente respecto de lo que entendían como comportamiento machista. En todos los casos lo rechazaron explícitamente, aunque con ciertas variantes.

Y en eso sí soy más, digamos, machista: vería más suave que un hombre sea infiel, que una mujer sea infiel a un hombre (Entrev 4:3).

Acerca de las mujeres jugando fútbol:

No estoy de acuerdo... y no es que tenga una postura machista, no me considero machista, pero en este tipo de cosas quizás aparezca como un machista. Yo creo que sí deben haber las diferencias entre el hombre y la mujer; de lo poco que entiendo del feminismo parecen decir que las mujeres tienen que hacer lo mismo que los hombres (HV2:13).

...sencillamente yo he vivido muchas experiencias de una noche....cuando hay atracción, cuando nos gustamos, algunas veces hemos terminado en la cama...no sé si de pronto pudiera ser machista, pero ha sido una experiencia linda con gente con la que yo he tenido una atracción antes (Entrev 2: 6).

...el 90% de las mujeres nos dan la razón cuando nos comportamos como machos, entonces tenemos todo a nuestro favor (Entrev 3: 8).

...en este reino del machismo los hombres tenemos temores y temores profundos que a algunos nos gustaría comunicarles a las mujeres y hay muy pocas mujeres que realmente prestan oídos a eso. Entre otras cosas es el temor de mantener la pareja a base de una cierta superioridad sexual, es decir, es un temor profundo, basado en la comparación. Una comparación respecto a ideales obviamente machistas; el ideal machista del tipo que tira con su mujer durante 5 horas seguidas, que sé yo, tiene 10 erecciones seguidas, es el hombre, es el prototipo del hombre. No, no existe, por eso te pongo ejemplos tan crasos (HV1:9).

En este momento hay un equilibrio; la mujer siempre fue muy sumisa, es un ser si no igual, muchas veces superior en muchos sentidos al hombre; que muchos machistas no veamos la cosa así y creamos que la mujer no es un ser confiable en determinado tipo de actividades, eso es así, pero de ninguna manera es verdad (HV3:17).

La representación social del macho es unánimemente considerada como negativa. Nadie quiere ser percibido como machista; sin embargo, en algunas ocasiones, los entrevistados asumen que su comportamiento podría serlo. Se refieren al polo que considera al machismo como debilidad masculina, como rasgos de opresión sobre las mujeres, que en general deberían eliminarse. Sólo en la última cita se puede ver el rasgo de superioridad sobre otros hombres que también es parte del concepto. Y sin embargo, como señalan Viveros y Cañón (Valdez y Olavarría 1997: 130), el modificar los patrones anteriores genera múltiples contradicciones y resistencias: “no soy machista, pero...”.

Los entrevistados citan el machismo respecto a situaciones frente a las cuales sienten la necesidad de justificarse. En términos de Butler, al menos a nivel discursivo, se puede observar un *repudio* al macho (1993: 94) más o menos marcado según el caso. El concepto de *repudio* da cuenta de la manera en que las identidades de género se fijan en los sujetos; es el rechazo mediante el cual el sujeto mantiene sus límites identitarios (Fuller 1997: 19). El repudio define la separación de lo abyecto, caer en la abyección haría perder al sujeto su condición de tal.

La sexualidad, las relaciones de pareja, el fútbol son ámbitos sociales atravesados por el machismo, pero en todos los casos aquí estudiados es rechazado. Se trata de un rechazo a nivel discursivo, que incluso reconoce que las prácticas no coinciden necesariamente con la teoría; pero es clave la total pérdida de legitimidad discursiva de la figura del macho y de los comportamientos machistas. Estos varones, de clase media, han internalizado las condenas al machismo que permean la sociedad vía medios de comunicación y discursos oficiales y lo que es más revelador, han llegado al punto de analizar sus comportamientos de acuerdo a ello¹⁰. Se trata, como diría Foucault, de un ejemplo muy claro de un efecto de poder de las verdades producidas por el discurso de lo “normal” (normativo) de las relaciones de género. Conviene resaltar que, contrariamente a lo que se podría pensar, el machismo no se ha teñido de connotaciones clasistas ni étnicas.

Llama la atención el hecho de que ninguno de los entrevistados expresó, en forma espontánea, ni un solo comentario positivo o negativo sobre la homosexualidad, pese a su obvia relación con los demás temas tratados. Considero que, como señala Prieur, el homosexual ocupa un rol central en la definición de la masculinidad, es un símbolo cultural que representa el opuesto al hombre masculino (en Melhuus y Stølen 1996: 99). La información detallada a continuación es parte de las respuestas frente a una pregunta directamente realizada: ¿qué opina acerca de la homosexualidad?

La homosexualidad para mí es una enfermedad, una enfermedad que tiene que ser tratada o que tiene que ser tolerada porque muy pocos casos hay de una homosexualidad producida o inducida, generalmente es producto de una malformación psicológica de la criatura en sus primeros años de vida, puede ser por una violación, o puede ser algún tipo de agresión que le produjo ese trastorno, y al tener una tendencia hacia uno de los sexos, buscar transgredir la barrera y pasarse al otro. [...] y eso es un asunto que tiene que ser entendido y tiene que ser tolerado, no es un asunto que deba ser reprimido, no creo que se deba ni se consiga nada reprimiendo a nadie que tenga un lamentable disturbio que tampoco ha buscado (HV3:17).

Mire, creo que es un problema de la sexualidad que se origina por diferentes causas, tal vez falta de una orientación en el hogar, falta de comunicación también con los padres, y criterio mío muy personal, respeto a los homosexuales: es un problema que tienen, es un problema que debe comprender el resto de la sociedad,; hay que tratar de ayudarles en lo que sea posible, no marginar a esa gente ... (Entrev 6).

Bueno yo creo que eso básicamente también es un problema genético, un problema hormonal; creo que si en el caso de un hombre nace con un alto porcen-

10 Por supuesto, el hecho de que la persona que recogió la información sea mujer incide en el tipo de respuesta, que hasta cierto punto podría calificarse también como “políticamente correcta”.

taje de hormonas femeninas, esa cuestión genética nadie te cambia, pues, no. [...] Creo que eso debe tratar de manejarse de la mejor manera, en los mejores términos. Yo creo que hay derecho a respetarle sus sentimientos; eso debería manejarse en los mejores términos: respetar, dejar que dos homosexuales vivan juntos, pues si no hacen daño a nadie, si son productivos inclusive para la sociedad...(Entrev 2).

Sí he tenido amigos homosexuales, pero no he podido hacer una amistad fuerte. He tenido amigos homosexuales (Entrev 2).

No tengo ningún problema, no creo que eso les quite ninguna capacidad intelectual ni que les haga menos. Hay unos que dicen que se nace, otros que se hacen, no tengo idea de cuál tenga la razón, pero ese tema me es tan intrascendente, y no porque deje de ser importante, sino porque simplemente no estoy dentro de ella, aunque no porque no esté dentro de ella signifique que tenga que repudiarla. La homosexualidad es tan vieja como el mismo hombre y las prácticas sexuales también. [...] es más, tengo dos amigos que son homosexuales, a más de ser muy inteligentes, porque lo son, tienen una capacidad intelectual increíble, conversar con ellos de filosofía, uno aprende mucho, si quieren cogerse las manos, ese es problema de ellos, ellos tienen que respetar mi forma de ser, simplemente, es una cuestión de respeto más que nada (Entrev 5).

Entonces yo sí creo que la homosexualidad es una cuestión terrible aquí en Ecuador; quienes son homosexuales y quienes son lesbianas están jodidos, realmente jodidos. No hay, ni desde las mujeres feministas que son la punta de lanza y desde donde yo creo que podría haber un acercamiento mucho más fácil que desde los hombres, no hay tampoco una preocupación real. Siguen siendo objetos, casos raros o a lo sumo una cuestión folklórica, creo que en el fondo eso es el resultado de un gran miedo que existe, terror de que algún rato a uno se le disuelva una imagen dura que tiene de su propia sexualidad y se le haga trizas, yo creo que es por eso y creo que en eso las mujeres llegan a ratos a ser hasta más duras que los hombres. Yo mujer (HV1: 13).

La causa, no sé, o sea, no, es que es una cosa tan debatida; los últimos estudios de ADN te dicen que hay una alteración somática seria; sí se está discutiendo mucho esa escuela, sobre todo en lo que tiene que ver con la genética como tal. No sé, los clásicos, en hogares o en situaciones donde hay algún tipo de problema; hay recurrencia de personas en una tendencia hacia la homosexualidad. También he visto y he tenido amigos que más bien es una búsqueda posterior de adultos, han tenido una especie de homosexualidad latente que por *n* motivos: racionales, culturales, nunca afloró y después surge más bien en este tipo de búsquedas por otro tipo de experiencias sexuales Eso (HV4:17).

El hecho de no citar espontáneamente el tema revela su grado de ocultamiento social y de repudio; es lo que está más allá, lo que marca las fronteras de las masculinidades. Se pueden determinar diversos grados de repudio respecto a la homose-

xualidad. Por un lado tenemos los testimonios en los cuales los varones toman distancia frente al problema y no sienten que tenga nada que ver con ellos; por otro, surgen aquellos en los que se asume que hay algo de homosexual en todos los hombres y eso puede aflorar. En el caso de los primeros, quizá por ser más oculto, el repudio es más fuerte. Dentro de ese grupo podrían detectarse dos variantes: los que consideran que se trata de una suerte de tara o enfermedad debida a causas genéticas o psicológicas, y aquellos que la ven simplemente como una variante poco aceptable de comportamiento sexual.

Prieur sostiene, citando a Bourdieu, que el poder y la dominación implican controlar las categorizaciones y apreciaciones y la posibilidad de imponer los juicios propios como válidos. Sería el hombre “masculino” el que define qué es la homosexualidad y quién es homosexual (en Malhuus y Stølen 1996: 99), pero en la información analizada pueden verse muchas dudas sobre quién es un homosexual, o qué es lo que define concretamente la homosexualidad. La capacidad de etiquetar al otro es tomada con cautela y distancia, lo cual muestra un ejercicio de las masculinidades menos dominante.

Pese a que Connell se refiere a la homosexualidad como masculinidad subordinada, creo que para el caso que me ocupa se trata de una masculinidad plenamente marginada, en tanto atenta contra el modelo de relaciones de género. Connell utiliza la palabra “marginadas” para referirse a las masculinidades de clase baja o de grupos étnicos, pero añade que la marginación es siempre relativa a una autorización de la masculinidad hegemónica. En ese sentido, entre nuestros entrevistados, la masculinidad homosexual queda totalmente desautorizada, aún es vista en la mayor parte de los casos con tintes patológicos. Otro tipo de identidades de género, como podrían ser los bisexuales o los travestis, no aparecen, salvo en un testimonio. Están aún más ocultos, más insertos en la abyección.

Se puede concluir, entonces, que el macho arquetípico y el homosexual deprimado operan para los hombres de clase media de Quito como los límites extremos de lo que se considera ser un hombre, funcionan como fronteras de lo normal. Los machos no son hombres “adecuados” y los homosexuales ya no lo son. Pero la carga de abyección y repudio sobre los últimos es bastante más fuerte, mientras que pueden arriesgarse a ser considerados machos. El ser vistos como homosexuales está más allá de sus límites, aunque en su referencia a estos últimos, el discurso topa más el punto de la tolerancia que el del estigma (Prieur, citado en Melhuus y Stølen 1996: 85).

Continuidades, transiciones, rupturas

Considero que estos tres conceptos resumen los diferentes procesos que se evidencian en las identidades masculinas de clase media de Quito en la actualidad. Para explicarlos mejor estimo pertinente recurrir a la categoría *conciencia contradictoria*,

utilizada por Gutmann en su libro sobre identidades masculinas en la ciudad de México (1996:14). El uso de la categoría aplicada a las relaciones de género confronta las representaciones e identidades actuales de los sujetos en relación con las identidades, prácticas y representaciones tomadas del pasado y en las que fueron socializados. Los hombres y mujeres de los cuales se analizó parte de sus vidas, comparten a la vez una conciencia heredada del pasado y otra conciencia actual e implícita que los une con otros individuos en similares condiciones (de clase, étnicas, etc.) en la transformación práctica del mundo (Guttman 1996: 15). A corto plazo, los cambios en la vida social pueden emerger a pesar de la autoconciencia sobre ellos. Se da entonces la conciencia contradictoria, en la cual las acciones (las prácticas) no coinciden con las nociones sobre ellas.

Dar cuenta de los cambios y las persistencias en las identidades es el camino para evitar, por un lado, el esencialismo, que considera que las identidades se adquieren una vez y permanecen fijas por siempre, y por otro, el caer en un relativismo que considere que no existen ciertas instituciones sociales que sirven de fundamento a las identidades y que entonces, éstas se vuelven a constituir con lo que se presenta en cada nuevo encuentro social, en el cual cada actor volvería a montar su escenario y su obra sin ninguna base.

En cada espacio social se dan discursos regulatorios, y las identidades de género no escapan a esto. La suma de ellos (el de la paternidad, el del trabajo, el del matrimonio, etc.) resulta en demandas conflictivas para los sujetos. Pero lo que no existe es un *ser previo* a la convergencia de estos discursos, que mantenga una integridad así mismo previa a su entrada en este campo de conflictos culturales (Butler 1990: 145). El sujeto es creado por esas determinaciones discursivas, a la vez que las reproduce y transforma.

Continuidades

Al decir continuidades me refiero a aquellos referentes o elementos de las identidades que se han mantenido, que se han heredado del pasado, de la historia de la relación con los otros, sin ser alterados significativamente en el transcurso del proceso actual de producción de masculinidades.

Algunos aspectos de las masculinidades apenas han cambiado. Por ejemplo, las pautas adquiridas en la socialización, fruto de los discursos tradicionales, “normales”, describen un cuadro en el cual el referente de identificación masculino para los niños en la primera infancia es el padre, no siempre el padre biológico, sino a menudo otra figura de la familia ampliada que cumple con este papel. Esta figura, aunque ausente afectivamente, queda asociada a la ley, el orden y la autoridad dentro de la familia. La madre, ama de casa en todos los casos es “santa, pura” y más allá de toda crítica. Este último punto apenas es cuestionado en dos casos.

El grupo de pares continúa en buena medida con la socialización en este mismo sentido y refuerza el ser hombre por oposición a lo femenino y a lo homosexual. En la adolescencia y juventud temprana ser hombre exige las “pruebas” de la masculinidad en diferentes rituales como la bebida, el salir con chicas y las primeras experiencias sexuales. Estas son pruebas a las que los sujetos se someten para transformarse a sí mismos y alcanzar el estado de hombres. Han sido poco alterados, quizá han perdido ciertas formas clásicas, hechos como tener la primera relación sexual con una prostituta o beber sólo entre hombres (ahora las jóvenes beben también), pero siguen vigentes.

El trabajo es uno de los ejes en torno a los cuales se arman las identidades masculinas en casi todos los casos. Para los hombres es una referencia básica para definir quiénes son, en contrapartida con las mujeres, cuya identidad está ligada más que con la profesión con el hecho de ser madres o esposas. Los hombres apelan a su actividad laboral más que a la paternidad o a otros factores para definir su masculinidad.

En el tema doméstico es donde quizá se evidencia con más fuerza la conciencia contradictoria. El reconocimiento de la igualdad de derechos de la mujer y su participación en el mercado laboral y en el dominio de lo público en general han cambiado muy poco las relaciones en el hogar: los hombres se ocupan del trabajo doméstico muy de tarde en tarde y casi todos lo consideran un favor a sus esposas. De la misma forma, el cuidado de los hijos se realiza sobre una base de apoyo puntual en situaciones bien circunscritas.

Rupturas

Me refiero a aquellos aspectos en los cuales las identidades masculinas se liberan del peso del pasado, de lo heredado y se reconstituyen asumiendo nuevos referentes, o trasladan sus ejes hacia otros aspectos, o producen una combinación de estos dos movimientos. Me refiero a quiebres con las representaciones anteriores que realmente prefiguran masculinidades diferentes.

Los hombres entrevistados han empezado a reflexionar sobre sí mismos en tanto poseedores de una identidad de género, es decir, han comenzado a pensar acerca de qué implica en sus vidas el ser hombre de tal o cual manera. Han comenzado a plantearse preguntas que sus padres no se hacían o que por lo menos no se planteaban de la misma manera. Indudablemente las identidades de género han sufrido fuertes sacudidas en los últimos tiempos. Los límites demarcatorios de qué es ser hombre se han vuelto más confusos y flexibles para los varones de clase media de Quito. Por ejemplo, ninguno de los entrevistados está muy seguro de qué implica ser un macho ni sabe con claridad en cuáles situaciones es macho y en cuáles no. La falta de certeza acerca de los referentes identitarios causa que cada vez más, cada uno busque elementos para hacer su propia definición, su proceso individual de invención subjetiva. (Carrión 1991:12).

Mientras las mujeres han ido transformando paulatinamente su autoreferencia identitaria de acuerdo a una propuesta de igualdad de derechos y deberes entre géneros y ese cambio comienza a reflejarse en la forma en que actúan y viven, los hombres aceptan la mayor parte del discurso, pero no lo asumen en su cotidianidad. Se puede decir que el discurso tradicional, antiguo, sobre las relaciones de género, ha sido definitivamente roto, en la medida en que, aunque algunos puedan tratar de mantenerlo puertas adentro, ya no lo pueden enunciar tal como lo hacían antes, ya no se proclama que las mujeres no tienen los mismos derechos que los hombres o que estos tienen que ser machos.

Se encontró un caso en el cual un hombre opta por dejar a su esposa como el único sostén económico de la familia mientras realiza otras actividades; es una elección personal, lo cual rompe con este precepto de proveer económicamente al hogar y realizarse en el trabajo, conquistando el espacio público simbólicamente adscrito a los hombres. Este es un claro ejemplo del cambio de eje sobre el cual definir una masculinidad.

La forma de ejercer la paternidad es un aspecto señalado por los entrevistados como de cambio total respecto a lo que fueron sus padres. Plantean la relación de cercanía emocional, afectividad y preocupación frente a la distancia que les fue impuesta a ellos. Aquí se puede observar un reflejo de un quiebre más amplio, la ruptura que permite a los hombres expresar sus emociones con mucha más libertad que antes.

Transiciones

Paralelamente a estos procesos de continuidades y de rupturas, se dan otros que aparecen como preponderantes al hacer un balance de la situación global; me refiero a las transiciones. En un marco de cambios, tanto estructurales cuanto de mentalidades, en el ámbito de las relaciones de género, en el cual la dirección futura aún no se ha precisado claramente, resulta que se puede advertir la flexibilización de roles, la disminución de ciertas resistencias, el aligeramiento del peso de ciertos referentes, etc., pero aún no es posible establecer con precisión las nuevas relaciones de género que tendrán lugar.

Con el término “transiciones” me refiero a aquellas situaciones en las cuales la pauta heredada ha sido alterada, modificada, pero sin romper totalmente con ella; está, en parte, viva, pero ha dejado de ser lo que era. Esta es la situación más comúnmente encontrada en este universo. Si bien existen unos pocos aspectos que han cambiado radicalmente, la mayoría ha sufrido solo pequeñas alteraciones. Por ello se puede decir que, en conjunto, hay un proceso de transición entre el modelo antiguo, tradicional o como se le quiera llamar y lo que podrían ser nuevos modelos, pero que aún no están claramente delineados. La dirección del cambio se puede establecer en cierta medida, pero no sus resultados.

Al hablar de transición enfatizamos en que no se trata de que los hombres estén simplemente reproduciendo patrones de conducta antiguos. La forma en que citan dichos patrones difiere y sus explicaciones sobre ellos, también. Por ejemplo, probablemente muy pocos hombres hace 30 años pensaban siquiera en “ayudar” a su esposa con el trabajo doméstico.

Es en estos procesos donde la conciencia contradictoria se despliega con más claridad. Una de las historias de vida revela un rechazo al autoritarismo paterno; se plantea la posibilidad de no trabajar, pero nunca realiza trabajo doméstico; otro (HV2), cuya esposa trabaja y aporta para los gastos del hogar, considera que el fútbol es un deporte solo para hombres; otro (HV4), al mismo tiempo que se queja de que su esposa no ha estudiado una carrera universitaria, la critica cuando sale por la noche y vuelve al otro día, algo que para él sí está autorizado.

Otros aspectos mencionados en las secciones anteriores, que delatan esta condición, son los siguientes: la crítica a la violencia implícita en el tipo de iniciación sexual que experimentaron muchos (con una prostituta en un cabaret). Los casos en los cuales esta iniciación se dio con una amiga o con la enamorada también revelan un cambio importante en la manera de considerar a las mujeres, pues se rompe con el estereotipo de la santa vs. la mala.

En ese sentido, se puede hablar de transformaciones en la relación con las mujeres. Algunas mujeres exigen activamente cambios en las relaciones al interior del hogar, sobre todo en lo que se refiere al trabajo doméstico y al cuidado de los hijos. La familia puede convertirse, a veces, en un campo de batalla respecto a las relaciones y los roles de género. De esta manera, las esposas han contribuido a que los hombres cambien las maneras de construir sus masculinidades. Entre la madre asimilada al modelo de la Virgen, y la mala mujer (prostituta, chica fácil, etc.) existen ahora varios puntos intermedios. Si antes las esposas eran automáticamente referidas al primer tipo en tanto madres de los hijos, ahora estas mujeres que en la mayor parte de los casos estudiaron en la universidad, y que trabajan, ya no corresponden exactamente a él, aunque tampoco pasaron al otro lado, son asumidas con otro tipo de identidad femenina. Pero esto no ocurre sin ciertos rezagos; se mencionó el caso en que una mujer buscó combinar los atributos de la madre idealizada con los de la esposa estudiada que trabaja fuera de la casa, lo cual nos remite de nuevo a la noción de conciencia contradictoria; lo heredado se mezcla con lo actual, superponiéndose sin acuerdo o compatibilidad evidentes.

Ciertos estereotipos sobre las identidades masculinas continúan siendo citados. Sin importar cuán confusa pueda resultar ahora la noción de macho, se erige todavía como un referente cultural frente al cual se toma posición; tiene un efecto de verdad; es un discurso poderoso que produce sujetos. Lo mismo sucede con la homosexualidad: ubicada aún en el ámbito de la abyección, define el límite de lo que es ser hombre, ya sin la carga de condenación, intolerancia e irrespeto que tenía antes, pero todavía en el nivel de patología, sea genética, psicológica o social. El esquema heterosexual compulsivo, la “producción disciplinada de

ficción regulatoria de coherencia heterosexual” (Butler 1993: 54) está aún muy vigente.

El macho tiene la connotación de estar anclado en el pasado y de conservar ciertas tradiciones que atentan contra la igualdad de las mujeres, y aunque la mayoría lo rechaza, algunos se toman el riesgo de citar al macho para sí mismos. Estas categorías probablemente no son sustancialmente diferentes a las que existían antes, pero su contenido se ha modificado, han sufrido una alteración que ha dotado a los términos de un significado algo diferente y que en algunos puntos empieza a romper con las categorías mismas.

Los significados, representaciones y prácticas de género han cambiado para los hombres y mujeres de clase media en el Quito de fin de siglo. Pero la direccionalidad de los cambios no es clara. Al mismo tiempo que en ciertos espacios y para algunos sujetos las viejas constricciones tienen aún mucha fuerza, se pueden verificar nuevas identidades genéricas en pleno proceso de producción.

Bibliografía

Amorós, Celia

1990 “Espacio público, espacio privado y definiciones ideológicas de “lo masculino” y “lo femenino”; en: *Mujer, Participación y Cultura Política*. Buenos Aires: Ediciones de la Flor.

1991 *Hacia una crítica de la razón patriarcal*, 2da. Edición. Barcelona: Editorial Anthropos.

Arango, Luz Gabriela, Magdalena León y Mara Viveros (comps.)

1995 *Género e Identidad. Ensayos sobre lo femenino y lo masculino*. Bogotá: Coedición Editorial Tercer Mundo, Ediciones Uniandes y Programa de Estudios Género, Mujer y Desarrollo.

Ardaya, Gloria,

1994 “Movimientos sociales en América Latina: el caso de las mujeres”, en *Movimientos Sociales. Enfoques teóricos, mujer y sindicatos*. Quito: FEUCE- ADES-AEDA-AEH.

Ardaya, Gloria, Roque Espinosa, Fernando García y Luis Verdesoto

1995 *Rostros de la familia ecuatoriana*. Quito: UNICEF.

Brusco, Elizabeth E.

1995 *The Reformation of Machismo. Evangelical Conversion and Gender in Colombia*. Austin: University of Texas Press.

Bourdieu, Pierre

1991 *El sentido práctico*. Madrid: Taurus Ediciones.

- Butler, Judith
 1990 *Gender Trouble. Feminism and the Subversion of Identity*. London - New York: Routledge.
-
- 1993 *Bodies that matter. On the discursive limits of "sex"*. London- New York: Routledge.
- Carrión, Francisco
 1991 *Instituciones sociales y tecnologías políticas: una reflexión en torno a la participación campesina en el desarrollo rural*, Ponencia presentada a la Mesa Redonda sobre Participación Campesina. Santiago de Chile: Oficina Regional de la FAO.
- Connell, R.W.
 1995 *Masculinities: Knowledge, Power and Social Change*, University of Berkeley: California Press.
- Corwall, Andrea y Lindisfarne, Nancy (eds.)
 1994 *Dislocating Masculinities: Comparative Ethnographies*, Londres y Nueva York: Routledge.
- Cuvi, María, y Martínez, Alexandra
 1994 *El muro interior. Las relaciones de género en el Ecuador a fines del siglo XX*. Quito: CEPLAES.
-
- 1997 *Los códigos escondidos del poder masculino*, En Revista *Iconos* No. 1, marzo de 1997. Quito: FLACSO.
- Donaldson, Mike
 1993 "What is hegemonic masculinity?", en: *Theory and Society*, N° 22.
- Foucault, Michel
 1978 *Historia de la sexualidad*. México: Siglo XXI.
-
- 1985 *Genealogía del racismo*. Buenos Aires-Montevideo: Editorial Altamira- Ediciones Norman Comunidad.
-
- 1988 "El sujeto y el poder", *Revista Mexicana de Sociología*, Año 4, N° 3, jul-sept.
- Fuller, Norma
 1997 *Identidades masculinas. Varones de clase media en el Perú*. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú. Fondo Editorial.
- Gillete, Douglas y Moore, Robert
 1993 *La nueva masculinidad. Rey, guerrero, mago y amante*. Barcelona: Ediciones Paidós.
- Gilmore, David
 1994 *Hacerse hombre. Concepciones culturales de la masculinidad*. Buenos Aires: Editorial Paidós.

- Gutmann, Matthew
1996 *Being a Man in Mexico City*. California University Press.
- Kreimer, Juan Carlos
1991 *El varón sagrado. El surgimiento de una nueva masculinidad*. Buenos Aires: Editorial Planeta Argentina.
- Lamas, Martha
1986 “La antropología feminista y la categoría ‘género’”, en *Nueva Antropología*, Vol. VIII, N° 30. México.
-
- 1987 “La encrucijada del género”, en *Nexos*, Año X, Vol. 10, N° 115.
- Melhuus, Marit y Kristi Anne Stølen
1996 *Machos, Mistresses, Madonnas. Contesting the Power of Latin American Gender Imagery*. Londres y Nueva York: Verso.
- Montecino, Sonia
1992 *Madres y Huachos. Alegorías del mestizaje chileno*. Santiago: s.e.
-
- 1994 *Identidades de género en América Latina: mestizajes, sacrificios y simultaneidades*. s.e., s.l.
- Morgan, David H. J.
1992 *Discovering Men*, Londres y Nueva York: Routledge.
- Palma, Milagros
1993 *Simbólica de la Femenidad* (Simposio del XLVI Congreso Internacional de Americanistas. Amsterdam, junio de 1988.) Quito: Abya-Yala.
- Prieur, Annick
1996 “Domination and Desire: Male Homosexuality and the Construction of Masculinity in Mexico” en Marit Melhuus y Kristi Ann Stølen. eds., *Machos, Mistresses, Madonnas. Contesting the Power of Latin American Gender Imagery*, Londres y Nueva York: Verso.
- Sales, Teresa
1994 Raíces da desigualdade social na cultura política brasileira, en: *Revista Brasileira de Ciências Sociais*, Associação Nacional de Pós-Graduação e Pesquisa em Ciências Sociais, número 25, ano 9, publicação quadrimestral.
- Sinay, Sergio
1992 *Esta noche no, querida*, Colección La Hoja de Parra. Buenos Aires: Círculo del Buen Lector/Beas Ediciones.